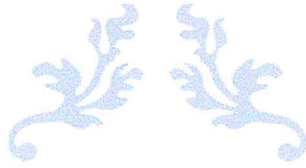


TÍTULO: De gracias y tablaos
SEUDÓNIMO: Oh capitán, mi capitán
CATEGORÍA: Relatos flamencos





DE GRACIAS Y TABLAOS

POR «OH CAPITÁN, MI CAPITÁN»



Manuela tenía una historia que contar, aunque jamás encontró oyente que mereciese escucharla. Creció bajo las faldas de la cantaora María *La Gracia*, una joven que hacía las delicias de soldados y galanes en el *Tabanco del Tío Jacinto*, durante la guerra civil, antes de que el propio Jacinto tuviera que poner pies en polvorosa rumbo a México por cuestiones políticas.

De su madre aprendió el conspicuo oficio de cantar y el espinoso arte de la seducción. Prodigiosa, recordaban algunos, era la interpretación de Manuela por soleá y seguiriyas, lo cual le valió hacerse un hueco en un tablao de Madrid durante años y a punto estuvo de catapultarla a la fama de no ser por un frustrado romance con un miembro de la nobleza europea. Este incidente hubo de ser silenciado por el Régimen como era habitual en la época, despojándola de la posibilidad de trabajar más en la capital, y arrojándola de ese modo al ostracismo más absoluto de vuelta a un Jerez natal que ya ni la recordaba ni la echaba en falta. Cuando llegó la democracia, Manuela, *Gracita Chica*, ya peinaba canas y su voz se había vuelto áspera y cavernosa por el abuso del tabaco y el alcohol. Malvivía de tabanco en tabanco, manteniéndose en pie gracias a una *dieta* a base de vino fino y cigarrillos *Ducados*. Su figura, enjuta, frágil, desmejorada y surcada de cientos de arrugas, era ya parte del decorado jerezano habitual de principios de los ochenta. Fue así como regresó al antiguo tabanco donde se hizo artista, quién sabe si para recordar las glorias pasadas. El caso es que *Gracita Chica* por un tiempo volvió a estar en candelero, no tanto por su arte sino más bien por la leyenda que la rodeaba: esa que decía que María, su madre, había yacido con un heredero al trono de un país europeo, al igual que le sucedió años más tarde a ella misma, quedando encinta de aquellos encuentros.

Pepe Salmerón, un periodista gordinflón de la prensa local, trató cierto día de sonsacar a la anciana Manuela ofreciéndole mil pesetas de entonces para que contara su historia al

periódico donde trabajaba, dándose de bruces con el fuerte carácter de *Gracita Chica*: «métase el dinero donde le quepa», le dijo. Pero Pepe no iba a desistir por una respuesta así. Decidido a no dar su brazo a torcer y abandonar por inútil el esfuerzo, espoleado por esa dichosa curiosidad que le corroía las entrañas desde hacía tiempo, el periodista desabrochó los botones de su fina chaqueta de diseño y se sentó frente a Manuela con mirada pícaro y recia voluntad.

—Si tengo que poner otros mil, los pondré —aseguró, arrogante, aun a sabiendas de que su presupuesto no era demasiado alto, y ya llevaba invertido un buen pellizco de su dinero disponible.

—Póngalos, si quiere. Ni la mesa se va a mover de donde está, ni mi lengua soltará prenda, se lo aseguro.

Salmerón sacó su pitillera metálica y, tras abrir la tapa, extrajo un cigarrillo agarrándolo con los labios por la boquilla. Guiñó un ojo a su interlocutora y le ofreció tabaco. «Americano», soltó entre dientes, como si ese adjetivo fuese capaz de abrir las mismas puertas del cielo al afortunado que pudiese catarlo. Manuela tomó un pitillo sin dar muestras de admiración, ni tan siquiera de cumplido agradecimiento; lo apoyó en la comisura de sus arrugados labios y esperó paciente a que su improvisado entrevistador le diese lumbre.

—Si fuese acompañado de un buen oloroso o un cream, igual se me empezaría a ablandar la sesera y volverían los recuerdos.

—¿Qué tal un brandy? —ofreció el otro de inmediato, echando la mano a su cartera de piel marrón.

—Está bien. Pero de los caros.

El periodista chasqueó los dedos en el aire llamando la atención del camarero a la vez que exhalaba una bocanada de humo, tratando de dejar impronta de gallardía y un desahogo económico que solo habitaba en sus más íntimos sueños. Al poco, una botella de brandy descansaba sobre la mesa, enviando destellos ambarinos a su alrededor, y con la única compañía de dos copas de balón dispuestos a ser rellenados a discreción. La anciana abrió los ojos de forma exagerada, sin parpadear y, de manera inconsciente, comenzó a salivar.

—Es un buen comienzo. Para los indios, esto también sería «agua de fuego» —dijo con una sonrisa sarcástica sin apartar la mirada de la copa, poco antes de romper a toser por la irritación que dejaba el licor en la garganta.

Impaciente, Salmerón interrumpió sus pensamientos y, con una nada disimulada brusquedad rayana en los malos modos, insistió:

—¿Me decía usted de su historia con un príncipe europeo?

—Yo no decía nada, chupatintas engreído y maleducado. Hablaba de indios, no de cantaoras y reyes.

—Creí que habíamos llegado a un acuerdo...

—Pues creía usted mal, señor. Tabaco, brandy y dos mil pesetas, poco precio para tanto premio. Usted quiere una historia, pero no la que todo el mundo sabe, no. Quiere la que solo yo sé. Así que seré yo la que diga cuándo ha pagado lo suficiente.

—Luego hay un precio... —inquirió aquel, apoyando el codo en la mesa y entrecerrando párpados y manos a la vez. Las costuras de su chaqueta —ridículamente pequeña— amenazaban con abrirse del hombro a la axila, y había un riesgo cierto de que uno

de los botones fuese despedido como un proyectil contra el rostro de Manuela, quien sonreía al comprobar que no era la única muestra de patetismo sentado a esa mesa.

—Lo hay. Pero igual usted no tiene suficiente para pagarlo —contestó la anciana, deteniéndose en cada sílaba para dar mayor énfasis a su argumento.

—Pruebe usted a pedir... —insistió aquel mientras el asiento crujía con su último movimiento.

La anciana golpeó con fuerza la copa sobre la mesa provocando un estrépito que acabó con los chascarrillos cercanos. Irguiendo la nariz con orgullo, cortó ante la estupefacción de los clientes habituales que presenciaban la escena y que no recordaban a la anciana tan fuera de sí.

—¿Pedir? ¡Lo primero que pido es respeto, cretino! A mí se me trata como lo que soy: una dama, no como a una cualquiera. Hombres como usted los he tenido a miles, suspirando por mis labios. Con más dinero que usted, y con mucha más clase, no lo olvide. Hacían cola en la puerta de mi camerino para regalarme flores, joyas y perfumes caros. Ni la maldita Bárbara Rey tiene tantos admiradores ¡Ni siquiera Norma Duval! ¡Yo! ¡Manuela Soto Gilabert, la *Gracita Chica*! La Niña de los Peines no me llegaba a las suelas de los zapatos. Que tenga un buen día.

—Lo lamento... He sido un imbécil. Le pido disculpas. ¿Qué puedo hacer para que olvide mi feo gesto?

—Para empezar, que cada una de estas personas, todas amables y respetuosas con una servidora, disfrute del brandy como nosotros. Luego me suelta usted otras mil pesetas más, y entonces podemos empezar a hablar.

Dicho y hecho. Un par de botellas de brandy se dispusieron sobre la barra ante unos atónitos clientes que agradecieron el gesto a Manuela y su acompañante. Otras mil pesetas sobre la mesa, y la anciana, carraspeó.

—¿Le importaría decirme por qué tuvo tanta fama *Gracita Chica* en los tabancos, a finales de los años cincuenta?

La anciana soltó una carcajada. Su risa era grave, ruda y seca como el estropajo. Luego tomó aire por la nariz y comenzó a tocar con sus nudillos sobre la mesa a compás. Su garganta se templó tratando de limar la aspereza de sus cuerdas vocales, hasta que los labios se separaron y un sonido añejo inundó la sala provocando un silencio digno de patíbulo.

«*Merecía esta serrana que la fundieran de nuevo, como funden las campanas.*»

—No imaginaba oír algo tan bello...

—¿... de una vieja borracha y acabada? —agregó Manuela terminando la frase—. Ya le dije que pude haber sido una de las más grandes. La mejor.

—¿Y qué se lo impidió?

—Supongo que un poco de todo. Las malas compañías, el alcohol, las drogas...

—Dígame, ¿en qué situación se encontraba Manuela Soto, *Gracita Chica*, antes de caer en el olvido?

—Debía correr el año sesenta y tres, puede que el sesenta y cuatro. Acababa de firmar mi primer contrato para grabar un disco con *Hispanvox*. Ese verano ya tenía programadas varias actuaciones en Europa y América como gira de presentación junto a la compañía de Antonio el Bailaor. Mi sueño se estaba cumpliendo. Pero las cosas se torcieron.

—¿Fue por aquel hombre? Ya sabe, se comenta que tuvo usted un romance con alguien importante; un pez gordo.

—Se comentan muchas cosas, y la mayoría no son más que basura —cortó con hosquedad Manuela.

—Pero no me negará que algo hubo... Es *vox pópuli*.

—No le negaré que está haciendo usted muchas preguntas y veo muy pocos billetes sobre la mesa, amigo.

El periodista esbozó una mueca de fastidio, abrió su cartera y sacó otras mil pesetas. Pero la anciana negó con la cabeza y, arqueando sus cejas, animó a Salmerón a depositar otras mil más. Manuela contó los billetes y volvió a carraspear.

—Bueno... los soldados siempre me parecieron apuestos. En los brazos de alguno caí.

—Pero ¿qué fue lo que en realidad provocó que *Gracita Chica* tuviera que huir de Madrid dejando atrás sus sueños? ¿Qué hay de cierto en que de nuevo se repitió la historia de María *La Gracia*, su madre? ¿Tuvo usted también un romance con un noble europeo?

—Yo solo puedo hablar por mí. Y sí, en efecto, tuve un maldito romance, pero no con alguien de la nobleza, sino con un naviero europeo: un *millonetis*.

—¿Se refiere a Onassis? —preguntó con asombro Salmerón, excitado ante la posibilidad de haber encontrado, por fin, su santo grial.

—¡Pues claro que no, imbécil! Entonces solo tenía ojos para la estirada de María Callas. ¿Cómo iba a fijarse en una española de poco pecho y sin curvas como yo? ¿Acaso

piensa que ese tipo era el único naviero millonario europeo? ¿Qué clase de periodista es usted, por el amor de Dios?

—¿Y cómo se llamaba ese hombre?

Manuela resopló con fuerza esbozando una sonrisa maliciosa.

—He visto pocos billetes ya en su cartera, amigo. Lo que tiene ahí no pagaría ni sus iniciales. Pero hagamos un trato: si me da todo lo que le queda en la cartera, puedo contarle algo sobre María, mi madre, y darle un final digno a su reportaje.

Salmerón colocó la cartera sobre la mesa y fue depositando un billete encima de otro hasta apilar cinco mil pesetas más. Lo jugaba todo al negro. Era el momento de arriesgar para romper la banca y lo sabía. Manuela asintió satisfecha y carraspeó de nuevo.

—Voy al grano. Como usted bien sabe, ella se enamoró de quien no debía. Quedó preñada de un príncipe español, o italiano, o algo así. Al ser descubiertos por su esposa tuvieron que romper la relación. Fin de la historia. Como puede ver, nada extraordinario. Pasa en los mejores países del mundo. A mí me sucedió también; lo llevaría en los genes.

—¿Y esa criatura? Ese futuro príncipe o princesa... ¿Era usted, o algún hermano perdido?

—Soy yo, no busque más. ¿Contento?

El periodista echó hacia atrás su corpachón. Pensó en la larga factura que habría pagado en el tabanco al finalizar esa jornada, pero se sintió satisfecho por la cotizada pieza que acababa de cazar. Sin duda tenía entre manos un reportaje digno de un premio, y al momento se sintió cerca ya de las redacciones de *Diario 16*, o *El País*. Por fin saldría del anonimato y se convertiría en un referente del periodismo, una nueva estrella rutilante para la

prensa española, deseosa de firmas nuevas. Quizás se atrevería a escribir una novela sobre la historia de María y de su hija Manuela, dos cantaoras tocadas por el mismo destino y el olvido. Y de ahí a la fama, la riqueza y la notoriedad. Recepciones en la Zarzuela, contratos millonarios para editar su obra en varias lenguas y países del mundo, entrevistas en el programa *Estudio Abierto* de José María Iñigo... España a sus pies.

Sonriendo, alargó la mano. La anciana la estrechó con una mezcla de alivio e indiferencia, y se despidió de él con sobre actuados aires de realeza. Salmerón la correspondió llevando la mano a sus labios para besar el dorso con devoción. Luego se levantó y, dando media vuelta, desapareció internándose en la vorágine del centro de Jerez con la sensación de ser, al menos aquel día, el rey del mundo.

Apenas hubo abandonado el local, Manuela se dejó llevar por sus pensamientos. ¿Por qué le había contado eso? ¿Cómo se había permitido mentir a aquel periodista para sacarle los cuartos y una borrachera gratis? Finalmente concluyó que ella nunca mentía. Esa historia era real para quien quisiera creerla y tan solo se había limitado a contarle lo que quería escuchar. Y si la gente prefería verla como hija ilegítima de un príncipe, ¿por qué quitarles esa ilusión? ¿Acaso importaba la verdad? Había personas que solo pretendían escuchar el rumor confirmado ¿Cambiaba aquello las cosas? Era la misma Manuela, fuese heredera de un trono o de un triste barrendero. Y llegados a ese punto, levantó su voz reclamando de nuevo la atención del camarero.

—Muchacho, invítame a un oloroso, que el brandy me ha dejado mal cuerpo...